portancia literaria, porque se quiebra fácilmente la trabazon de las ideas, se incurre en mil repeticiones ociosas, se dicen cosas extrañas al asunto principal para motivar el diálogo, y ofrece en fin otros muchos inconvenientes que no tiene la forma expositiva.

CAPÍTULO IX.

Género epistolar.

Carta es una conversacion por escrito; ó como la define Ciceron, *absentium mutus sermo*: «una conversacion muda entre personas ausentes.»

Las cartas toman diferentes nombres segun los vários asuntos que en ellas se tratan, ó los diversos fines que se proponen. Así hay cartas de *pésame*, de *pretension*, de *enhorabuena*, de *ofrecimiento*, de *aviso*, *consolatorias*, etc., cuyas ideas van envueltas en los nombres mismos.

Siendo la carta una conversacion escrita, debe huirse en ella de toda afectacion y de los adornos estudiados. El estilo ha de ser natural y sencillo, pero noble y sin bajeza: el lenguaje y el tono acomodados á la importancia del asunto, á la dignidad de la persona á quien se escribe, y á la mayor ó menor intimidad que con ella se tenga. La construccion de las cláusulas ha de ser fácil y natural sin poner atencion prolija á la sonoridad y cadencia. En suma, en la redaccion de toda carta ha de haber *claridad*, *naturalidad* y *decoro*, quedando al prudente discernimiento del escritor el levantar más ó ménos el tono y el estilo segun las circunstancias, aunque siempre dentro de los justos límites.

Si la carta comprende dos ó más asuntos diferentes, se tratará cada uno en párrafo separado, variando el estilo si lo exige la materia, y dándole aquel matiz que mejor le cuadre.

Las cartas que se escriben para el público y comprenden la exposicion de cuestiones de ciencias ó artes, corresponden al género didáctico, y no al epistolar, por más que lleven esta forma, y en ellas se observarán de consiguiente las reglas dadas para aquel género de escritos.

Como modelos del estilo epistolar pueden leerse con fruto las cartas de Pulgar, el Centon epistolar de Fernan Gomez de Cibdareal, las de Santa Teresa, las de Gonzalo de Ayora, las de Solís, las del P. Isla, etc.; y en latin las de Plinio y Ciceron.

SEGUNDA PARTE.

POÉTICA.

INTRODUCCION.

Poética no es otra cosa que un conjunto de preceptos formulados por la sana crítica para evitar que se extravie el génio en sus creaciones, señalándole el sendero que debe seguir y los escollos que ha de evitar en cada género de poesia.

De la anterior definicion se infiere que aunque las reglas del arte sean por sí insuficientes para formar al poeta, este nunca llegará á la perfeccion debida si las abandona. Es cierto que las reglas no dan génio, pero saben dirigirle por el buen camino. Suele objetarse contra esto que Homero compuso sus poemas admirables sin haber leido la primera poética de que hay noticia, esto es, la de Aristóteles, que floreció más tarde. Pero en primer lugar no es exacto que antes de él no hubiesen existido ya otros poetas, por más que sus obras se hayan perdido en la noche de los tiempos; y es muy verosímil que el cantor de Troya hubiese tenido modelos que imitar de mayor ó menor mérito. (1) Por otra parte, pudo Homero estar dotado á un mismo tiempo de un gran génio poético y de un incomparable talento crítico, y observar en la práctica muchas de las reglas instintivamente y por sentimiento.

(1) Sabemos, dice Hermosilla, por testimonios irrecusables, que en tiempo de Homero corrian con estimacion una *Iliada* y un *Dárdano* compuesto por un tal Coriano; otra *Iliada* de Dares que existia aun en tiempo de Eliano: los poemas de Orebanto, Trecenio y de Melesandro, el primero sobre los *Lapitas*, y el segundo sobre los *Centauros*, los de Femio y Demodoco, famosos poetas, de quienes hace honorífica mencion el mismo Homero; los de Museo, de quien habla tambien Virgilio; los de Pamfo, Tamirys y Orfeo, y quizá los de Lino, escritos en caracteres pelásgicos y anteriores por consiguiente á la llegada de Cadmo á la Beocia é introduccion del alfabeto fenicio.

Síguese de aquí que Homero dejó sin duda en sus poemas un abundantísimo tesoro con que los futuros preceptistas habian de enriquecer el arte; pero se hace incomprensible que aquel génio portentoso hubiese llegado á tanta perfeccion sin sujetarse á regla alguna. Esto seria contrario á las leyes de la humana naturaleza, que camina siempre á pasos muy lentos por las vias del progreso.

Mas aunque concediéramos que aquel vate divino no tenia la menor idea del arte, y que guiado por sola su inspiracion cantó la ruina de Troya y las proezas de Ulises, ni aun así se seguiria nada contra la utilidad de las reglas. Para que la objecion fuera concluyente, era preciso suponer en todos los poetas el mismo fondo, el mismo entusiasmo, el mismo gusto, el mismo fino discernimiento que en Homero; y es cosa sabida que despues de tantos siglos, aunque han brillado hombres eminentes en la poesia en diferentes épocas y paises, solo uno ha podido aspirar á la gloria de ser émulo suyo: el cantor de Eneas, que sin embargo no hizo otra cosa que seguir las huellas del poeta griego. Dejando, pues, á un lado estas cuestiones críticas, pasarémos á hablar de las composiciones poéticas, diciendo algo antes de la poesia, de su orígen y progresos, y de la diferencia que hay entre su lenguaje y el de la prosa.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la poesia.

Várias son las definiciones que se han dado de la poesía, aunque apenas hay una que satisfaga enteramente. Muchas de ellas son tan refinadamente filosóficas, que lejos de ofrecer una idea más clara del definido, no hacen sino confundirle más y más. Nosotros la definirémos con Blair: «el lenguaje de la pasion ó de la imaginacion animada formado en números regulares, ó la imitacion métrica de la bella naturaleza.»

Nadie niega que convienen á la poesia estos caractéres; pero dicen que no la convienen solo á ella, puesto que la elocuencia admite tambien, como se ha visto, el lenguaje de la pasion y cierta métrica cadencia. A esta observacion contestarémos: 1.° que allí donde la elocuencia reuna en alto grado esas prendas, y señaladamente la primera, allí hay verdadera poesia: 2.° que aunque la elocuencia admite el lenguaje apasionado, solo es en determinadas ocasiones: 3.° que aunque la prosa pide cadencia y número ó proporcion de

tiempos en las cláusulas, miembros é incisos, no puede ni debe observar la misma regularidad de compases que la poesia propiamente dicha.

Esto nos lleva naturalmente á examinar si es el verso esencial á la poesia. Por verso se entiende: «una artificiosa combinacion de palabras sujetas á determinadas medidas.» Pudiendo pues dividirse la prosa en porciones simétricas sujetas á una medida dada, es evidente que en este caso tendremos versos, pero versos prosáicos, en los cuales tal vez no se encuentre ni un átomo de poesia (1). Así vemos muchas obras escritas en verso que no son más que una prosa rimada; y hallamos por el contrario prosas eminentemente poéticas, como el *Quijote* de Cervantes, el *Telémaco* de Fenelon, los *Mártires* de Chateaubriand, etc.

De lo dicho se infiere que la poesia no tanto está en la forma como en el fondo. Allí donde veamos entusiasmo y génio, imágenes, caracteres y sentimientos, pasiones y contrastes, un plan hábilmente ideado en el cual domine una idea generadora, agrupándose en torno suyo para embellecerle los rasgos más hermosos dispersos en la naturaleza, allí hay indudablemente poesia; y todo esto puede caber muy bien en la prosa, como seria fácil demostrarlo con ejemplos innumerables.

Pero si todo esto es muy cierto, no lo es ménos que el verso es el traje con que la poesia se engalana para dar realce á su hermosura. Sin él podrá conservarse la poesia de las cosas, pero pálida y descolorida. El número métrico constituye uno de sus adornos más preciosos: con él se anima y embellece, viste sus propios colores y luce todos sus encantos. De donde se sigue que aunque el verso no es esencialmente necesario para que haya poesia, es no obstante indispensable para ataviarla y darle el conveniente colorido.

La palabra *poesia*, segun su valor etimológico, vale tanto como *creacion, composicion, ficcion*; y de consiguiente *poeta* equivale á *creador, hacedor*. Esto no quiere decir que la esencia de la poesia está precisamente en la ficcion, ó que el poeta finge siempre los asuntos de su canto. En tanto finge, en tanto crea, en cuanto que proponiéndose imitar los divinos modelos de la naturaleza, escoge, reune, ordena y combina los rasgos más hermosos esparcidos en ella, les da una existencia simultánea, y su imaginacion creadora

(1) *Neque enim concludere versum dixeris esse satis.* Hor.